

Alumno de Claudio Arrau, llegado a Chile en 1939 desde Alemania como consecuencia de las persecuciones nazis, Rudolph Lehmann se transforma

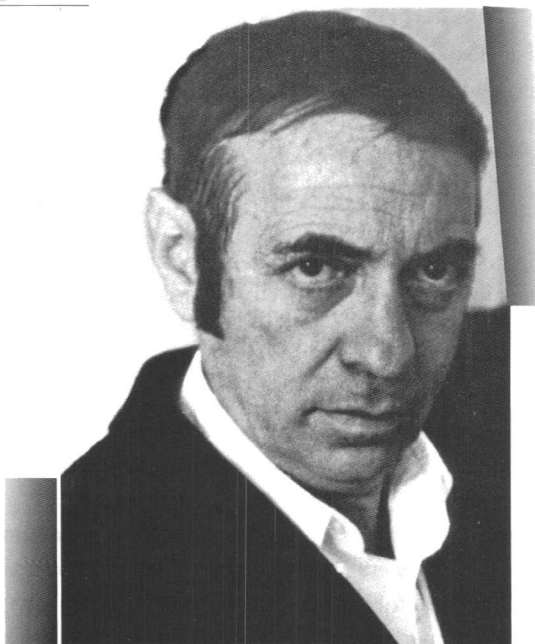
Rudy Lehmann (1913 - 1975) Una verdadera escuela de piano para Chile

VARIOS AUTORES

en el músico más importante para el desarrollo de la escuela pianística chilena. Sus conocimientos pedagógicos y su gran sensibilidad lo llevó a formar un gran número de pianistas que actualmente ejercen docencia instrumental en los centros más importantes de educación musical del país.

Por su significativa entrega a la cultura nacional, el Comité Editorial de *Resonancias* ha decidido dedicar su sección Testimonios a este gran profesor cuya contribución fue un pilar fundamental en el desarrollo de la música para piano y su interpretación.

Colaboran en esta sección varias personas que tuvieron un contacto directo con el maestro Lehmann, mayoritariamente alumnos y alumnas de entonces, valorando sus vivencias y dando a conocer aspectos de su personalidad, sensibilidad musical y talento pedagógico.



FERNANDO CORTÉS V.
Pianista
Facultad de Artes de la Universidad de Chile.
Instituto de Música Universidad Católica de
Valparaíso.

En la vida de los seres humanos siempre existen personalidades privilegiadas que influyen de manera decisiva en la formación y definición de nuestros intereses vocacionales y que encausan definitivamente toda nuestra existencia.

Tal ha sido mi caso, ya que siendo un joven estudiante de provincia en el Conservatorio de Viña del Mar escuchaba elogiosos comentarios sobre los éxitos pedagógicos del Profesor Rodolfo Lehmann Simon... Rudy como le llamaban cariñosamente.

El Profesor Lehmann ejercía sus labores docentes en la Facultad de Ciencias y Artes Musicales de la Universidad de Chile en Santiago y gozaba de un alto prestigio como uno de los mejores y más exigentes profesores de piano en el país, además había sido discípulo durante años del maestro Claudio Arrau en Berlín.

Iniciada la persecución nazi, el maestro Arrau le instó y gestionó personalmente su salida de Alemania con el propósito de salvaguardar su existencia, llegando a Chile en 1939.

Muchos jóvenes estudiantes de piano aspirábamos a ingresar a su cátedra y así fue como mi profesora de aquel entonces, Cristina Herreros, en un gesto de gran generosidad y visión de futuro hacia sus alumnos, consideró que era el momento de que yo continuase mis estudios con el Profesor Lehmann. Se iniciaron los contactos personales y logré ser recibido en su casa para

una audición privada.

Piacenza 1053, Las Condes, dirección que jamás he logrado olvidar y a la que tantas veces ingresé en busca de sabios consejos musicales y orientaciones pianísticas.

La casa estaba rodeada de un bellissimo jardín repleto de flores y de exuberante vegetación, su living, muy acogedor y de amplios ventanales, ofrecía una hermosa y cálida visión que inspiraba a hacer música. Allí audicioné y el resultado fue mejor de lo esperado, Rudy fué extremadamente gentil felicitándome por mi ejecución, eso evidentemente significaba que ya podría considerarme su alumno.

Ingresaba en una fase de mi formación en que la intuición, que siempre había guiado todas mis propuestas musicales, cedía paso a la racionalidad en la interpretación, forma de acción que empezó a orientar todo mi estudio y en donde la reflexión suavizó toda tortura en la mecánica pianística organizando un nuevo y amplio espacio en el aprendizaje musical. Años más tarde lograría reencontrarme con aquella desechada faceta de los estudios pianísticos, fusionándola en el maravilloso equilibrio que siempre debe guiar toda propuesta interpretativa.

Rudy era en realidad un verdadero maestro de la pedagogía instrumental, su interés por lograr objetivos era primordial y muchas veces vehemente. Su profundo respeto por la partitura y por todos los elementos de la música,

en especial por el más importante de ellos, el Ritmo, era casi obsesivo. Abordamos desde un principio la temática de la relajación muscular, la caída natural del peso del brazo sobre el teclado, el llamado ataque vertical, los movimientos laterales y rotatorios que facilitan enormemente los desplazamientos, la independencia del pulgar y la flexibilidad de la muñeca, en fin, tantos elementos que contribuyen de una manera fundamental a la belleza del sonido, cualidad indispensable de todo pianista.

En cuanto a la pedalización, era otra de sus grandes preocupaciones, cuándo un pedal sincopado, cuándo un pedal vibrato, cuándo uno simultáneo... el criterioso uso del mismo en la obra de Bach y Mozart, en el insinuante impresionismo chopiniano y el cauteloso uso en la obra beethoveniana.

Un aspecto importante de sus enseñanzas fue su visión de los recursos que fortalecen una adecuada memorización y la organicidad de un estudio racional y selectivo de los problemas pianísticos.

Siendo justo, no todo fue miel sobre hojuelas, su personalidad fuerte y dominante muchas veces se tornaba cruel e intolerante cuando no percibía los logros esperados, esta actitud me atemorizaba y hacía tambalear toda mi seguridad, pero rápidamente reaccionaba y mostraba una faceta afectuosa y paternal, haciéndome recobrar mi empeño y ambiciones; cómo no recordar aquellas veces en que después de recibir un chaparrón de críticas, terminábamos la clase y me acompañaba a la puerta de su casa regalándome una fruta y comentaba risueñamente... "tome, para que endulce los malos ratos"... o cuando otras veces cogía camelias blancas de su jardín y me decía... "llévelas a su mamita"....

Tales gestos demostraban su enorme sensibilidad que contrastaban e invalidaban toda dureza y hosquedad. Aprendí a conocerle y a comprenderle aun más cuando recordaba a sus padres a los cuales nunca volvió a ver y su lucha por sobrevivir en un país que no era el suyo.

Difícil resulta plasmar tantas vivencias de mis tiempos de estudiante en su cátedra de Piano y poder testimoniar la enorme importancia de su aporte a la enseñanza pianística en este país. Su dramática y dolorosa partida de este mundo fue sentida hondamente por todos nosotros, pero hemos sido fieles a su legado.

Rudy fue grande como persona y como maestro, su lugar en la vida musical chilena es incuestionable, se consolidó como uno de los grandes de la pedagogía instrumental, continuando la escuela pianística de Arrau, según sus propias convicciones y creatividad personal. Me entregó lo mejor de sí convencido de su verdad, a lo que sólo me corresponde decir... Gracias Rudy Lehmann.



FRANCISCO CLARO
Físico.
Pontificia Universidad Católica de Chile

Aunque con ya varios años de piano en el cuerpo, llegué a la cátedra de Rudy Lehmann en la Universidad de Chile a temprana edad, cuando él ya era reconocido como el mejor de los maestros. En el tiempo que fui su alumno me enseñó muchas cosas, entre las cuales hay un par que quisiera destacar.

Profesores anteriores me habían entrenado en el "esto se toca así", o el "Arrau lo toca así". La expectativa que esta actitud había generado en mi era entonces aprender el así y asá, tal cual. Y me encontré con alguien que parecía no saber ese así y asá, o, más bien, que el así ahora, se convertía en asá en un rato, ambos con igual vehemencia aunque fuesen diametralmente opuestos. Un pasaje de Bach que ahora debía ser piano y ligado, pasaba a ser fuerte y staccato un minuto después, para volver a un mezzopiano quizás, nuevamente ligado, al minuto siguiente. Un movimiento de la muñeca que era amplio se cambiaba a un gesto pequeño, para volver a la siguiente vuelta a la amplitud... Probar, probar, probar, pues ...; la música no es la suma de unas cuantas reglas!

Probar, probar, volver a probar, escuchando el resultado y sintiendo su veracidad, hasta encontrar lo que se busca, aunque no se sepa a priori bien ni siquiera qué es. Porque también se busca lo que se busca. No porque la búsqueda histórica haya sido infructuosa, sino porque en la interpretación musical esta indagación tiene una dimensión profundamente personal. Las respuestas no están en el maestro o en el intérprete tal o cual, por muy superiores que parezcan. No vienen de afuera, sino que residen en el insondable interior de cada uno, según su individualidad y momento.

Cursos de composición musical que tomé posteriormente en USA me hicieron comprender con mayor claridad esta enseñanza. El mundo de la música es un mundo interior, lleno de coherencia y verdad, que está allí, vivo, profundo, escurridizo, y debe ser descubierto, a veces con paciencia infinita, sin la expectativa irreal de develarlo alguna vez completamente. Estudiar piano no es más que un proceso de búsqueda interior de ese mundo, una especie de meditación profunda o, quizás, de investigación estética muy íntima.

Un día Rudy me dijo, "o te dedicas a la física o a la música", y yo elegí la primera. No lo vi más, pues no mucho después nos dejó para siempre. Fue la última enseñanza que de él recibí: la música es algo radical que no puede ser fraccionado. Realidad que hoy no puedo olvidar.



DENISE SARGENT
Musicóloga

T e n í a
alrededor de
13 años cuando
inicié mis estudios
con Rudy Lehmann.

Desde ese momento hasta el
inesperado y triste día en que falleció, viví una de las
experiencias más enriquecedoras y bellas que he tenido
no sólo en lo musical, sino también en lo humano y
espiritual.

Su enseñanza del piano iba más allá de una técnica
adecuada para la correcta interpretación de una obra
musical. Lo que Rudy transmitía además era su entusiasmo
y amor por la música.

Escucharlo tocar piano en su casa y asistir a sus conciertos
resultaba muy estimulante para mí como alumna. Su gran
talento y musicalidad estaban presentes en toda su actividad
artística. Las indicaciones que daba para la interpretación
de cada frase musical revelaban su profundo conocimiento
de los compositores y sus obras. Recuerdo especialmente
el caso de Bach, Mozart, Beethoven y Schumann. Cuando
yo estudiaba el *Album para la Juventud* de Robert
Schumann, Rudy Lehmann hacía que me imaginara una
situación relacionada con el título de cada trozo y lo
expresara musicalmente; era como tocar un cuento en el
piano.

A Rudy lo recuerdo siempre como un profesor paternal,
cariñoso, amante de la naturaleza y de los animales. En
su casa tenía un perro collie llamado "Pillán" con quien
jugábamos antes y después de la clase de piano; como
intermedio me invitaba a pasear por los senderos de su

jardín lleno de plantas y flores. En el plano psicológico lograba que uno
se sintiera seguro cuando interpretaba el piano gracias a su forma positiva y
paciente de corregir, centrada en la
expresión y comprensión de la
música. Nunca se mostró
impaciente o enojado, todo lo
contrario, estaba siempre con
ánimo para explicar y ayudar a
progresar en la interpretación del
piano.

Una vez lo llamé para avisarle que
no iba a ir a clases porque no había
podido estudiar. Me dijo, con mucho
cariño, que no me preocupara y fuera
de todas maneras para que estudiáramos
juntos. También recuerdo que al
regresar a Santiago de mis vacaciones
de verano, mi papá me contó que Rudy
había ido a mi casa a ver el piano en el
que yo estudiaba. Al parecer no lo
consideró un buen piano, pues al poco
tiempo apareció en el living un
Steinway de cola, escogido por Rudy
para mis estudios.

Rudy Lehmann era un profesor muy
sensible y comprometido con el
desarrollo integral del alumno porque
sabía, como buen discípulo de Claudio
Arrau, que ese era el mejor camino
para formar a un buen intérprete
musical.

La calidad humana y profesional de
Rudy era tal, que su partida generó en
mí una sensación de abandono y
desamparo muy difícil de superar así
como también un muy lindo recuerdo
y la alegría de haberlo conocido y
tenido como maestro.



MARÍA ANGÉLICA BELAUSTEGUI S.
Pianista
Universidad Católica de Valparaíso

RUDY LEHMANN, el Maestro de música completo, cuyos conocimientos abarcaban todos los ámbitos, no sólo el piano, sino también orquesta, ópera, cámara, etc..., dominando todos los estilos, desde el barroco hasta los contemporáneos (incluso en el ámbito de lo popular, jazz y otros, en especiales momentos de humor).

Tenía una pedagogía instrumental inteligente y sabía descubrir en cada uno de sus alumnos sus fortalezas y debilidades, ayudando a superar los problemas en forma hábil, pero exigiendo al máximo. Sabía incentivar, pero siempre “pintando la realidad” sin subestimar, pero nunca permitiendo que el alumno se hiciera falsas ilusiones de llegar a gran pianista si el talento no se lo permitía.

Era genial enseñando digitación; soluciones que sólo he vuelto a encontrar en la revisión de Claudio Arrau de las sonatas de Beethoven.

Ponía especial cuidado en la enseñanza del pedal, criticando siempre el mal uso generalizado del pedal sincopado.

Poseía oído absoluto, siendo capaz de reproducir los acordes más extraños al instante de escucharlos una sola vez. Él contaba que, siendo niño, lo había llevado su madre a la ópera y al salir del teatro, hizo el comentario a su mamá, que la soprano había cantado un aria algo más baja que el tono indicado; su madre, naturalmente le respondió que serían ideas suyas. Poco después, se supo que aquel día la soprano tenía una afección a

la garganta y habían tenido que bajar el aria...

Odiaba la manía de tocar “en alas del canto”, algo tan generalizado entre los estudiantes de instrumentos. Con él aprendí a “racionalizar” el estudio, en el sentido de pensar cada nota, cada pasaje que tocaba, analizando la obra, desmenuzándola, respetando todo lo escrito en la partitura; insistía mucho en trabajar con ediciones fidedignas. A veces hacía ejercitar la memoria visual, estudiando la música sin el instrumento.

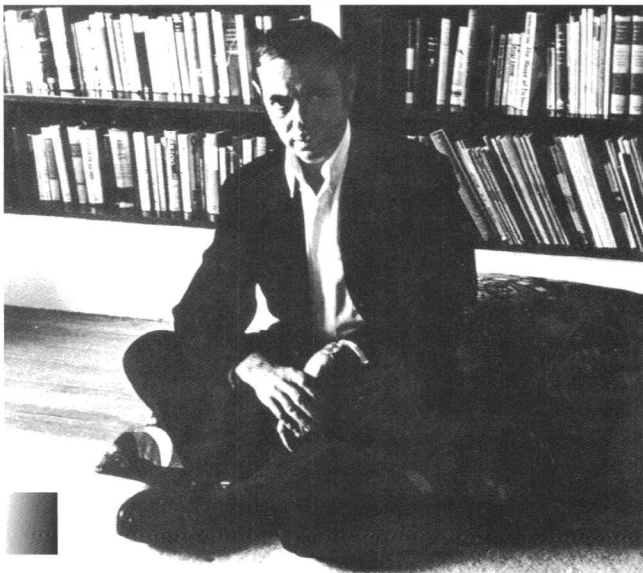
Solía hacer con sus alumnos “ciclos” de obras completas como por ejemplo: los 48 Preludios y Fugas del *Clavecín Bien Temperado*, o todos los preludios de Debussy, o todas las Inveniones a dos y tres voces de Bach, etc...

Era un ser humano bondadoso, amante de la naturaleza, incapaz de matar siquiera una arañita. Vivía cuidando su jardín, destinando a veces sumas considerables en la compra de rosales finos, prefiriendo, no obstante, los



jardines “selváticos” a aquellos sofisticados y ordenados con pasto alrededor. Adoraba a su perro “Pillán”, el que lo acompañaba siempre. En repetidas ocasiones sufrió la pérdida de su compañero, pero cada vez que esto sucedía, a los pocos días había otro ejemplar reemplazándolo. Sólo al final, cuando el último que tuvo muriera de una enfermedad, por algún extraña razón no quiso tener otro. ¿Algún presentimiento, quizás, de tener tan sólo unos meses de vida por delante...?

Personalmente debo a Rudy Lehmann todo lo aprendido en mi carrera y sus valiosas enseñanzas de Pedagogía Instrumental me han permitido traspasar los conocimientos a mis alumnos. Lo mismo, sin lugar a dudas, harán muchos de sus ex alumnos y así, la **Escuela de Rudy Lehmann** ha de permanecer por mucho tiempo.



MARÍA IRIS RADRIGÁN
Instituto de Música
Pontificia Universidad Católica de
Chile

Conocí a Rudy Lehman como músico, profesor y como amigo. Su recuerdo me hace surgir de inmediato imágenes de la calle Piacenza, rodeado de su piano, de su perro Pillán, de la fiel José, sus plantas, libros y cuadros, casi parecía una galería de arte, muchos pintores de la época, como Nemesio Antúnez, Escamez, Carlos Faz, etc. eran sus amigos y les compraba sus obras o bien se las dedicaban.

¿Qué admiré en Rudy Lehman? Su manera de “hacer música” con profundidad, rigurosidad y con tanto compromiso, siempre tratando de llegar a lo más profundo y esencial de cada obra, con él no iban las “frivolidades musicales”, cuantas veces lo escuché decir con su voz agringada: “oye, no seas frívolo...” Para él no era fácil tocar el piano, sufría y se jugaba por entero cada vez que tocaba en público, tal vez se podría decir muchas cosas, pero que se comprometía hasta lo más profundo, era un hecho.

Naturalmente todo esto se traslucía en su enseñanza, muchas veces hasta parecía majadero o quizás “neura”, pero hacía tocar hasta las piedras y no solamente tocar, sino, apreciar la música. Cuando se proponía abordar un tema, lo hacía hasta las últimas consecuencias, podía estar una clase entera en los primeros compases de la Cuarta Balada de Chopin. Posiblemente lo único que lograba en el momento era “atiborrar” de ideas al alumno, pero de alguna manera todo aquello se decantaba con el tiempo y producía un excelente resultado.

Cuando aún era alumna de Carlos Botto y ya casi terminando mi carrera, hice un Curso de Pedagogía Instrumental con Rudy Lehman donde se abordaban los primeros años de la enseñanza pianística.

Parece que lo hice bien y es así como tuvo la generosidad y confianza de proponerme que fuera su Ayudante y a través de esa maravillosa experiencia tuve mis primeros alumnos bajo su alero y luego bajo mi propia responsabilidad. Ahí me dí cuenta que me atraía hacer clases.

Recuerdo las clases de piano en su casa. El itinerario era el siguiente: la clase misma, que si era buena, todo seguía su curso, vale decir...paseo por el jardín, las rosas, los árboles...luego pasábamos a las nuevas adquisiciones de cuadros de jóvenes pintores chilenos, los nuevos libros y terminábamos cocinando y arreglando el mundo hasta

llegada la noche. Ahora, si la clase era menos buena...poníase unos anteojos oscuros, mirando inquisidoramente...y eso sería todo.

Bellos recuerdos tengo cuando hice un Curso de Interpretación de Lied para pianistas y cantantes. ¡Cómo nos hizo compenetrarnos en el mundo de la sensibilidad alemana del lied romántico! En el diálogo permanente entre el mensaje poético de la voz y el piano, cada sonido era un “mundo”.

Cuantas veces, estando yo en Alemania, corroboraba esa sensibilidad tan especial para abordar a los grandes compositores alemanes y que añoré poder comentarlo y compartirlo con él a mi vuelta a Chile.

Lamentablemente, este deseo no se pudo realizar. Rudy falleció algún tiempo antes de mi retorno.

Lo recuerdo con mucho cariño y admiración, como un músico excepcional.

